

Capítulo 1

Los gitanos de la política

Cómo Italia, después de salir vencedora de la Gran Guerra, se vio sacudida por la violencia política, entre un partido socialista, que deseaba instaurar la dictadura conforme al modelo bolchevique, y un fascismo recién nacido, que organizaba escuadras armadas para combatir a los socialistas y hacer realidad una “revolución italiana”.

Italia violenta

La Gran Guerra había concluido en el triunfo del gobierno democrático en Europa.¹ El derrumbe del militarismo alemán, la desarticulación de seculares imperios autocráticos, el nacimiento de Estados republicanos, el mayor rol atribuido al Parlamento en las nuevas constituciones eran los principales factores de la democracia política europea en 1919, caracterizados por la “tendencia a someter al derecho el conjunto de la vida colectiva”.² Era el triunfo del principio de soberanía popular y del gobierno parlamentario: “No hay ni puede haber, por fuera de la democracia, una forma de Estado que pueda concretar la supremacía del derecho”.³ Así pensaban quienes desde el final del primer conflicto mundial tenían esperanzas en la construcción de un mundo seguro para la democracia. Con todo, en muchos países europeos esas esperanzas se vieron defraudadas muy pronto.⁴ El principal motivo fue el estallido de la violencia política que habían provocado, por un lado, los efectos de la revolución bolchevique, la cual encontró imitadores en varios Estados de Europa Central y Oriental; por otro, la exacerbación de los nacionalismos en los países que se sentían humillados por la derrota padecida, pero también en algunos de los países vencedores, decepcionados al no haber obtenido mayores

incrementos territoriales. En algunos países europeos, pusieron en acción la violencia política organizaciones paramilitares de veteranos que se remitían a la experiencia de la Gran Guerra. Uno de esos países fue Italia.⁵

Italia había entrado en la Gran Guerra lacerada por la contraposición entre los neutralistas, que representaban la mayoría en el país tanto como en la Cámara de Diputados, y los intervencionistas. Por último, la minoría intervencionista prevaleció, exhibiéndose en violentas manifestaciones en espacios públicos para imponer al gobierno liberal la entrada en guerra. Éste, de todos modos, ya había decidido participar en el conflicto el 24 de mayo de 1915. Después de tres años y medio de guerra, Italia salió victoriosa, superando la prueba más ardua jamás afrontada por los italianos durante casi sesenta años de unidad. Sin embargo, poco duró la satisfacción de la victoria, y pronto se transmutó en una decepción tal que hizo parecer a Italia un país derrotado antes que vencedor.⁶ En la mesa de paz, los gobernantes italianos no supieron hacer valer las exigencias de Italia, que obtuvo menos de cuanto reclamaban los nacionalistas. Estos últimos fueron quienes crearon el mito de la “victoria mutilada”.⁷ Sin embargo, sólo una minoría de veteranos lo adoptó y se movilizó para rescatar la victoria: en los primeros comicios políticos de la posguerra, celebrados en noviembre de 1919, gran parte de los italianos premió al partido socialista y al partido popular de inspiración católica fundado por Luigi Sturzo en enero de 1919, esto es, los dos partidos de masas que representaban a gran parte de los italianos contrarios a la guerra y a amplios sectores de la población italiana que durante mucho tiempo habían sostenido su hostilidad contra el Estado liberal.⁸

Cuando comenzó la paz, Italia se vio en una situación de guerra civil entre dos formaciones contrapuestas, inflamadas de fanatismo político, que combatían violentamente entre sí como enemigos incommovibles: por una parte, los veteranos que habían sido intervencionistas y se consideraban los defensores de la victoria, y por la otra los socialistas, que condenaban la guerra, escarnecían a los veteranos, despreciaban los ideales nacionales y querían hacer una revolución proletaria e internacionalista según el ejemplo de la revolución de Lenin.⁹ A volver más frecuente el recurso a la violencia en la lucha política contribuyó el recrudecimiento de la lucha de clases, causado por la grave crisis económica de posguerra, que día a día provocó protestas, agitaciones y huelgas organizadas por los socialistas, a menudo acompañados por hechos de violencia y cruentos choques con la fuerza pública. Entre 1918 y 1921, las estadísticas de criminalidad registraron un gran salto: los muertos por homicidio fueron 983 en 1918, 1633 en 1919, 2661 en 1920 y 2750 en 1921. Los

delitos de golpizas y lesiones personales se duplicaron de 58.148 en 1918 a 108.208 en 1922. Los delitos contra el orden público ascendieron de 766 en 1918 a 1004 en 1919, 1785 en 1920, y 2458 en 1921.¹⁰

El acostumbramiento a la brutalidad del combate, la familiaridad con el peligro y con la muerte, el desprecio por la vida humana, adquiridos durante la guerra por millones de hombres en el frente, habían distendido los frenos inhibitorios del uso de la violencia. “Desgraciadamente, debe hacerse esta constatación: la guerra dejó tras de sí estas secuelas de violencia y de intemperancias. Los ciudadanos todavía no han realizado su desarme”, observaba en junio de 1921 un inspector de seguridad pública. “La guerra volvió de uso más fácil las armas letales. Todos se aprovisionan de ellas, todos se valen de ellas frente a cualquiera de los más fútiles motivos. La resistencia a la Autoridad, previamente ejercida sólo de palabra o con meros comportamientos hostiles, ahora va acompañada por el uso de armas.”¹¹

Un hombre y un periódico

A la expansión de la violencia en la lucha política hicieron un especial aporte los veteranos de la Gran Guerra, como los futuristas y los *arditi*,¹² que se consideraban la vanguardia de una nueva Italia surgida de la experiencia de las trincheras, que reclamaba el derecho a realizar una “revolución italiana”, tal como la denominaban, combatiendo a los “enemigos internos” de la nación, esto es, a todos aquellos que habían condenado la guerra y profesaban ideologías socialistas e internacionalistas. Entre los partidarios de la “revolución italiana” se contaba Benito Mussolini.¹³

De temperamento rebelde y violento, animado por una fortísima ambición, periodista de gran talento y orador de gran eficacia, Mussolini había aparecido de improviso en la escena política italiana en 1912, cuando con sólo veintinueve años había recibido el nombramiento como director del *Avanti!*, en tanto exponente de la corriente revolucionaria que ese año había asumido la conducción del partido socialista. Durante dos años, Mussolini incitó al proletariado a la lucha revolucionaria para abatir al Estado burgués. Internacionalista y antimilitarista, al inicio del conflicto europeo había tomado partido de inmediato por la neutralidad absoluta; pero en los primeros meses de guerra, después de fracasada la Internacional Socialista y de la adhesión de casi todos los partidos socialistas al patriotismo nacional,

Mussolini se convirtió al intervencionismo, convencido de que la guerra sería la oportunidad para derrotar al autoritarismo y al militarismo de los imperios centrales y para promover la revolución social en Europa. En procura de sostener la campaña intervencionista, en octubre de 1914 renunció a la dirección del *Avanti!* y fundó un periódico propio, *Il Popolo d'Italia*; y por este motivo se produjo su expulsión del partido socialista: después de ser durante dos años el ídolo de las masas proletarias y de los jóvenes revolucionarios, para sus compañeros de partido Mussolini se volvió el “traidor” vendido al capitalismo por ambición personal.

Con su periódico, Mussolini fue un protagonista durante las violentas agitaciones intervencionistas en mayo de 1915 para inducir al gobierno a declarar la guerra a Austria. Una vez entrada en guerra Italia, llamado a las armas y enviado al frente, se comportó como buen soldado, mereciendo la promoción a teniente. Después de que lo pasaron a retiro en 1917 a causa de las heridas provocadas por la explosión accidental de un mortero, Mussolini siguió respaldando la guerra, al pedir, en especial después de la derrota de Caporetto, una dictadura militar para arribar a la victoria. Durante la guerra se produjo su definitivo alejamiento del socialismo, suplantado por un vago nacionalismo revolucionario, centrado en la idea de que en las trincheras se había formado una nueva aristocracia, la “*trincerocrazia* [trincerocracia]”, destinada a gobernar Italia. El 1° de agosto de 1918, en el cabezal de *Il Popolo d'Italia*, el subtítulo *Quotidiano socialista* [diario socialista] fue reemplazado con *Quotidiano dei combattenti e dei produttori* [diario de los combatientes y de los productores]. Terminada la guerra, Mussolini se vio sin seguidores. Por ende, intentó hacer de su periódico el portavoz de los excombatientes. Dicho intento no tuvo éxito, porque a la iniciativa adhirieron sólo pocos veteranos provenientes del intervencionismo revolucionario, los futuristas y los *arditi*, con los cuales formó coalición para retomar la acción política en la Italia de posguerra.¹⁴ El 16 de noviembre de 1918, apenas doce días después de terminada la guerra, Mussolini y los *arditi* ya eran señalados por la policía como responsables de “turbios sucesos”, “primeras vislumbres de una próxima revolución”.¹⁵

Benito Mussolini en Milán crea indudablemente desorden, él en todas las ocasiones habla claro, él casi siempre está acompañado por sus secuaces, por mutilados, por militares de todas las armas, por oficiales y arditi, los cuales constantemente amenazan, puñales en mano, a todos aquellos que consideran enemigos internos de la patria, y con dicha

excusa de alto patriotismo están cometiendo en esta ciudad acciones violentas de toda suerte.

*En las manifestaciones flamea la bandera negra de los arditi, y en estos días también se han blandido banderas rojas; se ha gritado de boca de algunos de ellos VIVA LA REVOLUCIÓN, VIVA LA REPÚBLICA, ABAJO LA BURGUESÍA; otros grupos han gritado VIVA LENIN; y lo prueba también la manifestación del domingo 10 del corriente, publicada en *Il Popolo d'Italia* y que la censura dejó pasar sin observaciones.*

Los oficiales de guarnición de todas las armas se unen (y aplauden) a este movimiento de insurrección contra las instituciones; son ellos los primeros en insultar y provocar cada día a ciudadanos que van a sus ocupaciones, creando desagradables incidentes; entre dichos incidentes, el del onorevole Gambarotta [diputado socialista por Novara, N. de A.], que tranquilamente transitaba por la Galleria [Vittorio Emanuele] con su mujer e hija.

Los arditi también van armados con nudosos bastones, brindan un espectáculo espeluznante, porque amenazan a honestos ciudadanos que nada tienen que ver con la política y por tanto dichos arditi empiezan a volverse antipáticos para la población.

En Milán en todas las tiendas, en los puntos de encuentro y dondequiera, se habla de revolución y de república.

Los fasci di combattimento

En términos políticos Mussolini era un hombre aislado cuando el 23 de marzo de 1919 decidió fundar los *fasci di combattimento* en Milán, durante una reunión en la cual participaron unas cincuenta personas, intervencionistas y veteranos provenientes de la izquierda revolucionaria o republicana. Al nacer, ese nuevo movimiento pasó casi inadvertido, y el único periódico que se refirió profusamente a él fue *Il Popolo d'Italia*. Tan sólo a partir del 15 de agosto el movimiento fascista tuvo su propio semanario, *Il Fascio*, que por divisa tenía no un *fascio littorio* [haz lictorio] sino un puño cerrado que aferraba un ramillete de espigas.¹⁶

En los designios de Mussolini, el fascismo debía ser un movimiento temporario, un “antipartido” de excombatientes que querían accionar para defender la victoria y combatir al socialismo. El fascismo se proclamaba republicano y anticlerical, proponía un programa de radicales reformas institucionales, económicas y sociales. Los fascistas despreciaban los partidos políticos y el

Parlamento, querían abolir el Senado y suplantar con técnicos a los diputados, exaltaban el activismo de las minorías y respaldaban las reivindicaciones expansionistas de Italia.

Junto con los futuristas y los *arditi*, que se contaron entre los fundadores de los *fasci*, el fascismo se atribuyó la conducción de la revolución italiana para llevar al poder a los hombres que habían querido y hecho la guerra.¹⁷ Según explicaba Mussolini, la revolución italiana había comenzado en 1915 por obra de los intervencionistas, y debía continuar hasta el “inexorable epílogo”: “Es la revolución de una parte de la nación contra la otra parte”, que “pone frente a frente a dos índoles (*razze*) de italianos, dos mentalidades de italianos, dos almas de italianos, dos tipos de italianos: aquellos que han hecho la guerra y aquellos que no la han hecho”.¹⁸

Poco numerosos, de inmediato los fascistas se hicieron notar por el uso de la violencia. Su primera expresión fue la destrucción de la sede del *Avanti!* en Milán, el 15 de abril.¹⁹ “Para nosotros la guerra no ha cesado –afirmaba *Il Fascio* el 6 de septiembre de 1919–. A los enemigos externos los sucedieron los enemigos internos [...] por una parte los verdaderos italianos, amantes de la grandeza de la patria; por la otra los enemigos de aquélla, los cobardes que atentan contra tal grandeza y premeditan su destrucción. [...] ¡La acción directa es lo que hace falta: la acción enérgica, decidida, valerosa! Y es a nosotros, intervencionistas de la primera hora, a quienes compete esta sagrada tarea.”

Para combatir contra los enemigos internos, los fascistas milaneses constituyeron desde el comienzo mismo del movimiento una organización armada –tal como el cuetor de Milán reseñaba el 21 de noviembre de 1919– que actuaba “no sólo contra las leyes del Estado, y no sólo con la tendencia a usurpar los poderes de la policía, sino con el deliberado propósito de cometer delitos contra las personas, contra los agentes de la fuerza pública, contra el orden público para alcanzar finalidades políticas y electorales conforme a un propósito maduro y fijado de antemano”. La organización fascista tenía “una auténtica jerarquía militar de jefes y soldados rasos, muchos de ellos vestidos en uniforme y divididos en escuadras dependientes de un comando único”, que “bajo determinadas circunstancias eran reclutados y remunerados, y recibían precisas instrucciones acerca del modo en que debían llevar a cabo los servicios a los cuales se los encomendaba”. Este cuerpo armado, “con prescindencia de cualquier finalidad secundaria que acaso linde con más grave finalidad, consistía precisamente en el propósito determinado y firme, y no pocas veces públicamente expresado y concretado por el hecho de valerse de cualquier medio, aun ilegal, y de recurrir al uso de las armas de modo desproporcionado con la provo-

cación, en la deliberada procura de lesiones personales y de homicidios, con tal de superar no importa qué obstáculo para alcanzar el fin que se ha propuesto, de la reacción excesiva y violenta contra las provocaciones socialistas meramente verbales siquiera”. La formación de núcleos armados —proseguía el cuestor— avanzaba “con aliento inagotable” en su intención de “crear una fuerza temible y considerable para conseguir el fin que se concreta en un muy determinado delito contra el orden público, es decir, tumultos sediciosos a mano armada, la oposición en calles y espacios públicos a la acción de la Autoridad y de los agentes de la Pubblica Sicurezza [policía], la violenta represión (con armas) de cualquier provocación adversaria, siquiera leve; el deliberado propósito de excederse ante cualquier oportunidad en su legítima defensa aun con delitos contra las personas”. Los fascistas reaccionaban con una “violencia más desproporcionada” durante sus actos, como sucedió durante la campaña electoral de 1919 en Lodi, donde —según refería el cuestor— bastó “tan sólo que se pusiese de manifiesto un hecho, igualmente deplorable, de intolerancia colectiva por parte de los adversarios, con gritos y objetos arrojados de modo que fuesen ofensivos, para que los fascistas respondiesen con violencia extrema y, dado de antemano un entendimiento, hiciesen uso de revólveres contra la masa de quienes los molestaban, tanto que debieron lamentarse dos muertos y cerca de quince heridos; uno de estos últimos fallecía días después”.²⁰

Un cadáver político

Durante más de un año, los *fasci di combattimento* no consiguieron prosélitos, ni siquiera entre los veteranos, que en su mayoría adhirieron a la Associazione Nazionale Combattenti, de orientación democrática.²¹ El propio fundador del fascismo no tenía expectativas acerca de un futuro para su movimiento, y dejó a otros el cargo de secretario general de los *fasci*, para figurar sólo como integrante de la Junta Ejecutiva con tareas de propaganda.²² En ese período, la mayor fascinación entre los fascistas y entre los distintos grupos de veteranos propiciadores de una revolución italiana la ejercía Gabriele D’Annunzio, que el 12 de septiembre de 1919 con sus legionarios había ocupado la ciudad de Fiume para reivindicar su anexión a Italia.²³ En los comicios políticos de noviembre de 1919, los *fasci* sufrieron una completa derrota. Mussolini tuvo menos de 5000 votos. El día después de las elecciones, el *Avanti!* publicó la noticia de que en las aguas de un canal se había hallado el cuerpo de Mussolini en avanzado estado de putrefacción, y los socialistas milaneses escenificaron un funeral farsesco para el cadáver político.

A finales de 1919, en Italia existían 37 *fasci* con 800 inscriptos. En las arcas de los *fasci* no había dinero para imprimir afiches.²⁴ *Il Popolo d'Italia* perdía lectores. Y mientras en el mundo de los veteranos seguía refulgiendo el astro D'Annunzio, la estrella de Mussolini estaba mortecina y el movimiento fascista languidecía. Deprimido y aislado, Mussolini terminó 1919 escarneciendo al Parlamento y la política, proclamó su desprecio por “todos los cristianismos, desde el de Jesús hasta el de Marx”, y cantó loas al paganismo y a la anarquía del individuo.²⁵ Por un instante, pensó en vender su periódico y dejar la política: “Además, no está dicho que siempre deba ocuparme de periodismo y de política”, confió a amigos suyos.²⁶ Pensó en hacerse aviador, dramaturgo, novelista, o dar la vuelta al mundo.²⁷ Sin embargo, el instante de renuncia pasó muy pronto. Y Mussolini saludó el nuevo año con un artículo de título “*Navigare necesse est*”, irrisión contra “todos los charlatanes –blancos, rojos, negros– que son despachadores de las drogas milagrosas con que dar la ‘felicidad’ al género humano”, y elevó un nuevo cántico libertario al individuo: “Pero entretanto *navigare necesse est*. Aun contracorriente. Aun contra el rebaño. Aun cuando el naufragio aguarda a los solitarios y altivos mensajeros de nuestra herejía”.²⁸

Decidido a navegar sin rumbo ni meta fija, Mussolini se aprestó a retomar la lucha política desplazándose hacia la derecha. En el segundo congreso nacional de los *fasci di combattimento*, celebrado en Milán en mayo de 1920, se dejó de lado el programa radical, republicano y anticlerical. El fascismo se presentó como defensor de la burguesía productora y del capitalismo contra cualquier experimento de revolución social. Sin embargo, esto no bastó para relanzar el movimiento. Durante 1920 entero, el fascismo permaneció “en vía muerta”, como dijo Mussolini.²⁹ Y siguió navegando sin rumbo, sin saber adónde ir, mientras en Italia triunfaba el partido socialista.

Triunfan los enemigos internos

En el decimosexto congreso nacional del partido socialista, celebrado en Bolonia en octubre de 1919, la mayoría maximalista adoptó un programa revolucionario que tomaba inspiración en la revolución bolchevique, saludada como “el más fausto acontecimiento en la historia del proletariado”.³⁰ El nuevo estatuto afirmaba que “la conquista violenta del poder político por parte de los trabajadores deberá marcar el traspaso del poder mismo de manos de

la clase burguesa a las de la clase proletaria, instaurando así el régimen transitorio de la dictadura del proletariado todo”. Los maximalistas comenzaron a organizar las herramientas para la revolución. Desde comienzos de 1919 arribaron al gobierno observaciones acerca de la “constitución, dentro de las seccionales del partido, de comités secretos especiales, encargados de preparar técnicamente la revolución y el arribo del proletariado al poder arrebatado con violencia”, tal como escribía el cuestor de Roma el 20 de marzo de 1919.³¹ Y un mes más tarde el prefecto de Nápoles daba noticias de un comité secreto del cual se hablaba “en algunos grupos acotados, con gran circunspección, para confirmar la proximidad del movimiento revolucionario”.³² Durante las numerosas agitaciones promovidas por el partido socialista durante el transcurso de 1919 y 1920, con huelgas, ocupaciones de tierras, manifestaciones en espacios públicos e insurrecciones locales, operó una organización armada, la Guardia Rossa, fundada en Turín en el mes de abril, y pronto presente en otras ciudades.³³ También al partido socialista, tal como observaba en 1921 el socialista independiente Arturo Labriola, llevaron los veteranos “la costumbre de irse a las manos y el desprecio por la vida, la propia y la ajena”.³⁴

Se dio una desoladora repetición de huelgas generales, a menudo motivadas por los más fútiles pretextos (un diputado socialista víctima de golpiza, una sede gremial invadida por la fuerza pública, una amenaza de huelga patronal, etcétera). En ciertos sitios, algunos oficiales fueron golpeados y forzados a salir de circulación. En Turín un coronel resultó “repetidamente acuchillado” [...] en Milán se ha dado muerte a un carabiniere; en Mantua se producen devastaciones y saqueos, y se deja en libertad a doscientos reclusos. Son numerosos los atentados contra los oficiales. Según parece —aunque no está corroborado—, se echó mano a lápidas en honor a los caídos. En Empoli algunos marinos de paso fueron asesinados por motivos igualmente fútiles y criminales. Tampoco parece que pueda negarse una profanación de sepultura, con finalidad de ofensa política, en Mantua, en perjuicio de la familia Arrivabene.

Con una densa red de sindicatos, ligas campesinas, cooperativas, y con el control de muchas administraciones municipales y provinciales, el partido socialista ejercía un dominio casi indiscutido sobre la vida política y sobre la actividad económica en gran parte de las provincias de la llanura padana, imponiendo a los propietarios, con métodos vejatorios, la obligación de tomar trabajadores y otorgar aumentos salariales y condiciones contractuales que reducían sus ganan-

cias. También los trabajadores eran obligados a supeditarse a las reglas impuestas por las ligas, que tenían el monopolio de la mano de obra. El propietario, el comerciante, el negociador, el trabajador mismo, que se sustrajese a las imposiciones de las ligas era condenado al boicot.³⁵ Como “*Baronie rosse* [baronazgos, despotismos rojos]” definió el comunista Palmiro Togliatti en 1921 los métodos del dominio local socialista.³⁶ El secretario general del PSI, Giacinto Menotti Serrati, recordó años después que en las regiones del Valle del Po donde dominaba el partido socialista “no había aldea que no estuviese bajo su influencia. En cada ayuntamiento se veía un sindicato de campesinos, una *casa del popolo*, una cooperativa y una célula socialista. [...] De este modo los sindicatos campesinos se volvieron amos de la situación; impusieron a los terratenientes condiciones de trabajo tales que prácticamente los privaron casi por completo del derecho de propiedad sobre su tierra [...] los activistas revolucionarios, en vez de ganarse las simpatías o al menos asegurarse la neutralidad de la población campesina, de los pequeños arrendatarios o pequeños propietarios, los irritaron con sus acciones y suscitaron su hostilidad; así, en la provincia de Ferrara la lucha contra los sectores medios era particularmente tenaz y despiadada”.³⁷

En los comicios políticos de 1919, el PSI obtuvo casi dos millones de votos y 156 diputados, volviéndose la primera mayoría en el Parlamento italiano, seguido por el partido popular, que obtuvo otros 100. A la vez se produjo un veloz incremento de los afiliados al partido, que de 23.000 en 1918 pasaron a ser más de 200.000 en 1920, mientras que en ese mismo período los trabajadores organizados en la Confederazione Generale del Lavoro (CGdL), unida con el PSI por un pacto de acción, saltaron de 250.000 a 1.159.000 en 1919, y a 2.150.000 en 1920.

Durante el “bienio rojo”, en 1919-1920, la violenta deflagración del fanatismo político y de la lucha de clases hizo que Italia pareciese un país al borde de la guerra civil. “Después de leer los diarios de esta mañana estoy como atrapado en una pesadilla roja por obra de la guerra civil que se insinúa en Italia entera”, escribía el 4 de mayo de 1920 la socialista Anna Kuliscioff a su compañero Filippo Turati, uno de los fundadores del partido socialista y principal exponente de la corriente reformista que se oponía a la política revolucionaria de los maximalistas: “Socialistas dan muerte a católicos, en Romagna pugilatos entre socialistas y republicanos, en Liguria bataholas entre socialistas y anarquistas, y en todas partes muertos y heridos en conflictos sangrientos con integrantes de la Guardia Regia y carabinieri [...] la verdad es que se va a pasos agigantados hacia un cataclismo. [...] La competencia con los comunistas supera cualquier previsión, pero una parte ayuda a la otra en la disolución

de la articulación social”.³⁸ En esta carta no había alusiones a la violencia de los fascistas, señal de que en ese entonces el fascismo todavía no se consideraba digno de señalarse.

Movilización antisocialista

Después de la derrota electoral, el fascismo acentuó su organización militar.³⁹ El 29 de junio el prefecto de Milán fue informado de que el comité central de los *fasci di combattimento*, junto con los representantes de la Società degli Ufficiali in Congedo [oficiales retirados], del comité de organización civil y de las asociaciones de *arditi*, había decidido “duplicar las escuadras fascistas ya existentes para reprimir cualquier movimiento anarquista y extremista, desconfiando de la represión por medio de la autoridad militar”, y respaldar por todos los medios la constitución de nuevas escuadras.⁴⁰ Durante el verano, la secretaria general de los *fasci* dio nuevas directivas para la formación de escuadras: “Con las mismas fuerzas fascistas créese [*sic*] escuadras de 12 hombres bajo el mando de un oficial movilizado o no y según nuestra plenamente reservada circular del 3 del corriente unifíquese la conducta de los fascistas ante instrucciones recibidas [...] en Italia ningún organismo es realmente combativo como los *fasci di combattimento* cuya definición predica claramente la tarea de los *fasci* mismos”.⁴¹ En septiembre, los fascistas de Catania comunicaban su observancia a las directivas, al haber formado “al menos 28 escuadras armadas de bastones, a falta de otra cosa”; pero “urge el envío de buenos revólveres”.⁴² En 1920, los *fasci di combattimento* gastaron 26.355,70 liras para adquirir armas, por sobre todo revólveres y municiones, además de bastones.⁴³ En noviembre, las directivas de las escuadras se volvieron más detalladas: “Constituido el *fascio*, elija de entre sus componentes los jóvenes más valientes y audaces y forme con ellos las escuadras de acción, escuadras con la tarea de tener en alto la defensiva, y la ofensiva en caso de necesidad, contra el bolchevismo local. Cada escuadra, para volverla más ágil, aconsejo que se la integre con no más de 10 personas, amén del jefe de escuadra”.⁴⁴

Suerte de instrumento de defensa y de represalia, desde mediados de 1920 las escuadras fascistas empezaron a destruir las organizaciones socialistas y proletarias. La iniciativa partió del *fascio* de Trieste, donde en mayo se habían constituido varias escuadras de ex militares y de oficiales, con la anuencia del comité central de Milán, para apoyar la acción de D’Annunzio en Fiume y para combatir contra los socialistas triestinos y a la minoría eslava.⁴⁵ Lidera-

dos por el toscano Francesco Giunta, el 13 de julio los escuadristas triestinos asaltaron e incendiaron el edificio de Hotel Balkan, sede del centro cultural y político esloveno.⁴⁶ Una semana más tarde, en Roma, los fascistas se unieron a los nacionalistas que para vengar el asesinato de un compañero suyo incendiaron los talleres donde se imprimía el *Avanti!* Mussolini justificó el incendio como “una lógica y legítima represalia contra los predicadores cotidianos de la violencia”.⁴⁷ Durante los meses posteriores los fascistas estuvieron involucrados en otros episodios de violencia, a veces como víctimas, otras veces como perseguidores, pero siempre permaneciendo en los márgenes de la escena política, todavía dominada por el partido socialista.⁴⁸

La primera ofensiva escuadrista a gran escala fue lanzada por los fascistas a finales de 1920, después de que en el país se activase una movilización de burgueses y de sectores medios antisocialistas, en coincidencia con la ocupación de las fábricas en septiembre, que en algunas ciudades, como Turín, pareció ser el prelude de un movimiento revolucionario, con las guardias rojas armadas que custodiaban las fábricas ocupadas. Hubo algunos despiadados episodios de violencia por parte de los ocupantes, como el asesinato de un empleado de la Fiat, voluntario durante la guerra y nacionalista, y de un guardia penitenciario de veinte años de edad.⁴⁹ La ocupación de las fábricas no tenía finalidades revolucionarias, pero de todos modos causó gran temor en la burguesía, que se sentía amenazada por una inminente revolución bolchevique, mientras el Estado liberal parecía ausente o impotente. “En ese momento se vio al Estado desplomarse, y aun pasar a manos de los enemigos de la burguesía —observó Labriola—. El asunto era tanto más peligroso cuanto menos melodramático. Ningún ataque en pleno amenazaba a la ciudadela burguesa. El enemigo no formaba sus filas militares en orden de batalla. Pero estaba por doquier: en las Cámaras del Trabajo,⁵⁰ en los municipios, en las provincias, en la Cámara de Diputados, en las oficinas, en los ministerios, a menudo en los cuarteles, ciertas veces entre la Guardia Regia y los carabinieri mismos. La obsesión socialista acechaba inexorablemente de todos lados.”⁵¹

La ocupación de las fábricas terminó después de veintidós días, con un acuerdo entre la CGdL y la Confederazione degli Industriali, alcanzado con la mediación de Giovanni Giolitti. También Mussolini aprobó el acuerdo, afirmando que en Italia se había llevado a cabo “una gran revolución”, en cuanto una “relación jurídica plurisecular resultó quebrada”, ya que el obrero, “en su condición de productor, entra en el apartado recinto que se le disputaba, y conquista el derecho a controlar la entera actividad económica en la cual tiene parte activa”.⁵²

La ocasión para la reacción antisocialista fueron los comicios administrativos que se desarrollaron el 31 de octubre y el 7 de noviembre. Candidatos liberales, democráticos, nacionalistas y fascistas se presentaron unidos en bloques electorales, diversamente denominados “nacionales”, “patrióticos”, “antibolcheviques”, patrocinados por Giolitti, que en junio de 1920 volvió a la dirección del partido. Los bloques antisocialistas obtuvieron el 56 por ciento de los votos, adjudicándose 33 de 69 consejos provinciales y 4655 de 8346 ayuntamientos, entre los cuales se contaban grandes ciudades, como Venecia, Génova, Florencia, Roma, Nápoles, Bari y Palermo. El partido popular obtuvo la mayoría en 1613 municipios y 10 consejos provinciales. También el partido socialista tuvo un notable resultado, si bien inferior respecto de los comicios políticos, obteniendo la mayoría en 26 consejos provinciales y en 2022 ayuntamientos, con mayoría absoluta en Alessandria, Novara, Milán, Cremona, Belluno, Vicenza, Róvigo, Piacenza, Reggio Emilia, Módena, Ferrara, Bolonia, Grosseto, y la mayoría relativa en Pavía, Mantua, Verona, Massa, Livorno, Pésaro y Perugia.⁵³ Durante ese mismo período, los afiliados al PSI aumentaron a 216.327, repartidos en 4637 seccionales, de los cuales casi el 70 por ciento estaba en el Norte.⁵⁴

El buen éxito electoral reavivó la inflamada retórica revolucionaria de los maximalistas elegidos para dirigir municipios y provincias: aquéllos **anunciaron** –tal como hicieron en Bolonia, donde poseían la mayoría absoluta– que usarían las instituciones del Estado burgués para combatirlo desde dentro “hasta ocasionar su derrumbe y ruina”.⁵⁵ En lugar del pabellón tricolor, en las sedes de los municipios y de los consejos provinciales flameaba la bandera roja, y las autoridades gubernamentales no se atrevían a intervenir para evitar consecuencias violentas. “Nosotros no queremos discutir con nuestros enemigos; nosotros queremos derribarlos”, proclamaban los socialistas mantuanos después de conquistar 59 de 68 ayuntamientos y 38 de los 40 consejeros municipales.⁵⁶ El día de inauguración de sesiones del consejo provincial, el presidente socialista declaró, en presencia del prefecto, que el consejo rechazaba cualquier control estatal y actuaría como un órgano político que obedeciera al partido socialista. Los municipios y las provincias se volverían “rocas fuertes del proletariado” para conducir “el definitivo asalto contra las últimas defensas burguesas”. Y el presidente concluía: “Los elegidos del proletariado permanecerán aquí para cumplir sus deberes, hasta que oigan la voz del proletariado mismo –en marcha al definitivo asalto contra las últimas defensas burguesas– llamarlos a su puesto de combate. Ese día, en los recintos de los miles y miles de ayuntamientos y de los diferentes consejos municipales, conquistados para

nuestro partido, resonarán, como hoy, los ecos de un solo grito, que será grito de redención: ¡viva el Comunismo!”.⁵⁷

La hora del fascismo

Pese al buen éxito electoral y los tonos triunfalistas, el conspicuo poderío del partido socialista estaba minado en su interior por las ásperas divisiones entre maximalistas, reformistas y comunistas, que ya pensaban en la escisión: esta se produciría en enero del año siguiente. En primer término, después de la derrota padecida en agosto por la Armada Roja en Polonia, empezaba el ocaso del mito de la revolución bolchevique.⁵⁸ Estaba disipándose la “borrachera bolchevique” que había “estupidizado, corrompido y bestializado a gran parte de las masas obreras italianas”, según escribió Mussolini el 7 de octubre; también reivindicó al fascismo el mérito de “[haber] hecho trizas la infatuación bolchevique en distintas oportunidades, por medio de la violencia”.⁵⁹ Además de la movilización antisocialista de la burguesía en los comicios administrativos, una señal muy evidente de que algo estaba cambiando en la situación política del país, y en sentido contrario al partido socialista, fue la celebración del aniversario de la victoria italiana, el 4 de noviembre: era la primera vez que esto sucedía, porque el año anterior el jefe de Gabinete de Ministros Francesco Nitti la había vetado temiendo un estallido de violencia en la caldeada atmósfera de ese momento.⁶⁰

Mussolini comprendió que había llagado el momento oportuno para relanzar el fascismo. El partido socialista había entrado en el tramo descendente de su parábola, debido al agotamiento de su inconcluyente política revolucionaria sin revolución y a los conflictos internos encaminados a producir escisiones. En ese mismo período también estaba llegando a su ocaso el astro dannunziano, que hasta entonces había opacado a Mussolini y al fascismo. La aventura del poeta en Fiume estaba cercana a su fin, porque Giovanni Giolitti, vuelto al gobierno en junio de 1920, se disponía a firmar con el gobierno yugoslavo un acuerdo para resolver la cuestión de Fiume. Desde hacía tiempo, Mussolini había tomado distancia de D’Annunzio, aunque sus palabras expresasen fidelidad a la empresa de éste. Cuando entre septiembre y octubre el poeta le propuso un proyecto de golpe de Estado que preveía el respaldo de la organización armada fascista, Mussolini respondió aceptando dicho proyecto, pero posponiendo a la primavera de 1921 su plasmación, con lo cual denegaba su participación.⁶¹ Y cuando el 12 de noviembre Giolitti firmó con Yugoslavia el

Tratado de Rapallo, con el cual se creaba el Estado libre de Fiume, Mussolini lo aprobó, y sólo lo impugnó de palabra cuando Giolitti, en la época de Navidad, y a cañonazos puso fin a la empresa dannunziana.⁶²

Mussolini se apuró a capturar el instante huidizo ofrecido por la movilización antisocialista para hacer que el fascismo saliera de vía muerta. Todavía el 3 de julio había repetido que el fascismo “no quiere ‘durar’ más allá del tiempo necesario para cumplir la tarea que se fijó de antemano”.⁶³ El fascismo había proseguido su navegación sin rumbo, teniendo por única brújula el principio del “caso por caso”, principio “esencialmente fascista”, tal como afirmaba Mussolini el 26 de agosto.⁶⁴ Y una vez más declaraba a los fascistas cremoneses el 5 de septiembre: “Somos una minoría y no nos proponemos ser muchos. [...] Somos una formación de combate y somos también los gitanos de la política italiana”.⁶⁵ En el momento de los comicios administrativos, Mussolini decidió no participar en los correspondientes a Milán, para evitar afrontar otra derrota, y justificó la abstención diciendo que el fascismo “bajo ningún aspecto” era “un movimiento político en sentido electoral”, sino un movimiento que había “surgido como una reacción contra la degeneración bolchevique del *PUS*”, y se había afianzado “por medio de tiros de revólver, incendios y destrucciones”, por eso pidió a los fascistas milaneses que se abstuvieran de la competición electoral pero “disponer ánimos y medios para otras acaso no lejanas y ciertamente decisivas batallas”, porque “las batallas electorales ya no son de nuestro tiempo”: “El fascismo no es una reunión de políticos, sino de guerreros”.⁶⁶

Para relanzar su movimiento, Mussolini fue hábil en confeccionar para ellos nuevo ropaje ideológico y una nueva imagen. Acentuó la orientación hacia la derecha, al sostener que el fascismo era el más activo y agresivo movimiento de defensa de la burguesía productiva. Adoptó una actitud respetuosa hacia el catolicismo, declarando a los fascistas de Cremona ese mismo 5 de septiembre que no era “un anticlerical profesional. [...] Pero aun menos quiero que seamos anticatólicos”, porque el catolicismo era una gran fuerza espiritual, que hacía de la capital de Italia “la capital de un inmenso imperio espiritual”, que desde Roma hablaba a “cuatrocientos millones de hombres” y podía ser utilizada por el nacionalismo para los fines de la expansión nacional.⁶⁷

Por último, acentuó las ambiciones expansionistas del fascismo, presentándolo como expresión de un renovado orgullo italiano y de una moderna romanidad, la vanguardia de una Italia nueva que ambicionaba llevar a cabo, como dijo en Trieste el 20 de septiembre, “otra tarea universal” siguiendo la estela de la tradición universal de la Roma de la antigüedad y del cristianis-

mo.⁶⁸ Asociado al mito de la romanidad, para Mussolini el fascismo dejaba de ser un gitano de la política, que vivía al día, y se erigía en el rango de “típica creación del pueblo italiano”, un movimiento con sólidas raíces “en el surco de la historia italiana”, que respondía “al oscuro instinto de las grandes masas populares”.⁶⁹ Con este nuevo ropaje ideológico, Mussolini predispuso al fascismo para aprovechar la oportunidad del buen resultado electoral burgués y situarse en la conducción de la reacción antisocialista.

¡Y sea guerra civil!

“L’ora nostra” fue el título de un artículo publicado el 14 de octubre, con el cual Mussolini anunciaba que el fascismo estaba “en un período de pleno, prometedor, prodigioso desarrollo” por “generación espontánea”.⁷⁰ En los días siguientes, durante los actos organizados por el partido socialista para las víctimas políticas y en defensa de la Rusia soviética, el fascismo aprovechó la oportunidad para lanzar una ofensiva escuadrista.⁷¹ La organización de las escuadras se había intensificado durante la ocupación de las fábricas, cuando los fascistas temieron que “de pronto las fuerzas revolucionarias arriben a la decisión de intentar un golpe armado contra los despachos públicos”, como había escrito Umberto Pasella a los fascistas romanos el 11 de septiembre: “Por otra parte, también la masa obrera está completamente armada y, si no toda, gran parte está decidida al ataque [...] estamos en pie de guerra, cosa que no podéis comprender vosotros, que vivís en un ambiente paradisíaco con relación al ambiente de la Alta Italia, y especialmente de Milán y de Turín. [...] Los fascistas están dispuestos y confían en que los amigos de Italia Central y Meridional sepan coadyuvarnos en el momento oportuno”.⁷²

Fueron una vez más los escuadristas triestinos quienes iniciaron la ofensiva, el 14 de octubre: durante una manifestación a favor de Rusia, los fascistas se enfrentaron con los manifestantes, y después de que fuese herido un fascista emprendieron el asalto con armas y bombas a la sede del diario comunista *Il Lavoratore* y la incendiaron. El diario del partido socialista definió lo que había sucedido en Trieste como “otro episodio de la guerra civil que arrecia en Italia”. El 16 de octubre, con un titular a toda página —“Si la guerra civil ha de ser, ¡pues bien, sea!”—, aplaudió “sin reservas que oponer al nuevo gesto punitivo” realizado por los fascistas triestinos, e incitó “a los fascistas de Italia toda a cerrar cada vez más animosamente filas para prepararse en vista de nuevas contraofensivas, para ponerse en marcha por nuevos asaltos de vindicta”, dispuestos a una “lucha

mortal”, “cada vez más resueltamente en armas, dispuestos a cada vez más furibundos combates, sin escrúpulo alguno, sin límite alguno”.

La reanudación de la violencia escuadrista y la distinta situación creada por la movilización burguesa —según escribió Mussolini el 6 de noviembre— eran una expresión de la “marcha del fascismo”, que ahora era descrito por su fundador como un movimiento “incontenible, ya alcanzada esta instancia; movimiento destinado a representar y encuadrar (*irreggimentare*) todas las energías juveniles y nuevas de la nación”, “un gran movimiento de revisión de todos los valores políticos y morales actuales”, en torno del cual se ajetreaban “los periódicos de toda laya”, “para explicar el extraño fenómeno de un anti-partido que se consolida y en todas partes echa por tierra al partido por excelencia, el Partido Socialista Ufficiale Italiano”, luchando con todas sus armas “contra el abyecto partido que se propone disfrazar a Italia según la moda de Lenin”: “Contra un partido que predica y practica, cuando puede, la insurrección los medios blandos no cuentan: hacen falta los nuestros. Nosotros ya afrontamos y afrontaremos en todo momento a los *pussisti*, porque el campo de la violencia no es para el *PUS*. Es una dura, despiadada, implacable batalla, esa que acometimos, al asignarlo todo a la prenda en juego; pero he aquí que se perfila el afianzamiento triunfal del fascismo”.⁷³

La guerra civil antisocialista fue iniciada por los fascistas en Bolonia el 20 de noviembre. En los meses previos, la provincia de Bolonia había sido escenario de una muy dura lucha entre la Federazione dei Lavoratori della Terra y la Associazione Agraria Bolognese por la renovación de los pactos agrícolas. Hubo una huelga que duró diez meses, perjudicando la economía de la provincia. Forzados a aceptar las condiciones impuestas por la Federterra, los agrarios maquinaron el propósito de reaccionar. En los comicios administrativos, los socialistas boloñeses habían conquistado la mayoría absoluta en el ayuntamiento, y el 21 de noviembre, para la instalación del nuevo consejo, habían organizado una gran manifestación frente al Palazzo d'Accursio. El día anterior, los fascistas habían repartido un volante en el cual aconsejaban permanecer en casa: “En las calles de Bolonia debe haber sólo fascistas y bolcheviques. ¡Será la prueba [que superar]! ¡La gran prueba en nombre de Italia!”. Cuando el alcalde se asomó al balcón flanqueado por banderas rojas ante una cuantiosa multitud, un grupo de fascistas quebró el cordón de seguridad y se mezcló con el gentío disparando tiros de revólver. Mientras estallaba el pánico entre la multitud, desde el palacio se arrojaron algunas bombas que mataron a algunas personas e hirieron a más de cincuenta. A la vez, en el recinto del consejo caía a balazos de pistola un consejero nacionalista que había sido mu-

tilado en la guerra.⁷⁴ El gobierno decidió disolver el consejo comunal y nombrar un comisario prefecticio. Los fascistas boloñeses, protestando ser víctimas de una agresión, dieron inicio a la represalia. “Desde ese día en Bolonia y en la provincia —escribía el prefecto a comienzos de 1921— tiene que lamentarse una serie de hechos e incidentes, triste consecuencia de la lucha emprendida y que desgraciadamente aún no da señales de tener fin. Y el ejemplo de Bolonia encuentra imitadores bien dispuestos en todas las ciudades de Emilia, y en muchos otros centros importantes de Italia.”⁷⁵

El 20 de diciembre, en Ferrara, durante una manifestación fascista contra la administración socialista, resultaron asesinados tres fascistas y un socialista. Las asociaciones de mutilados, de veteranos, de propietarios, comerciantes y cuentapropistas se unieron a los fascistas, al partido popular y a los nacionalistas para enviar al gobierno un telegrama de protesta contra el partido socialista. La minoría del Gabinete de Ministros renunció reclamando la renuncia de la administración roja.⁷⁶ A partir de ese momento, Ferrara se volvió un nuevo centro propulsor de la ofensiva escuadrista, desencadenada contra las organizaciones obreras de la provincia. Simultáneamente, la ofensiva escuadrista estalló en otras provincias y regiones de la llanura padana, en el Véneto, en Toscana, Umbria y Puglia, sin que nadie la hubiese previsto, ni siquiera el fundador de los *fasci di combattimento*, que desde Milán asistía a la veloz expansión de un movimiento sustancialmente nuevo, aunque en nombre y símbolos se remitiese al movimiento que él había fundado en marzo de 1919. En pocos meses, con la oleada de la ofensiva escuadrista, los gitanos de la política se transformaron en movimiento de masas, que prosiguió la guerra civil eligiéndose como milicia de la nación.

Notas

¹ Cfr. G. Guy-Grand, *La démocratie et l'après guerre*, París, Garnier Frères, 1922.

² B. Mirkiné-Guetzévitch, *Les Constitutions de l'Europe nouvelle*, París, Delagrave, 1930, p. 11.

³ *Ibidem*, p. 15.

⁴ Cfr. C. Maier, *La rifondazione dell'Europa borghese. Francia, Germania e Italia nel decennio successivo alla prima guerra mondiale*, Bari, De Donato, 1979, pp. 23 ss. [ed. orig.: *Recasting Bourgeois Europe: Stabilization in France, Germany and Italy in the Decade After World War I*, Princeton University Press, 1975]; G. L. Mosse, *Le guerre mondiali dalla tragedia al mito dei caduti*, Roma-Bari, Laterza [ed. orig.: *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars*, Oxford University Press, 1990]; M. Mazower, *Le ombre dell'Europa*, Milán, Garzanti, pp. 17 ss. [ed. orig.: *Dark Continent: Europe's Twentieth Century*, Nueva York, Knopf, 1998].

⁵ Cfr. R. Gerwarth, J. Horne (eds.), *War in Peace: Paramilitary Violence in Europe after the Great War*, Oxford University Press, 2012.

⁶ Cfr. G. Candeloro, *Storia dell'Italia moderna*, t. VIII: *La prima guerra mondiale, il dopoguerra, l'avvento del fascismo*, Milán, Feltrinelli, 1978, pp. 222 ss.

⁷ Cfr. G. Salvemini, *Le origini del fascismo in Italia. Lezioni di Harvard*, ed. al cuidado de R. Vivarelli, Milán, Feltrinelli, 1979, pp. 31-33.

⁸ Cfr. E. Gentile, *Fascismo e antifascismo. I partiti italiani fra le due guerre*, Florencia, Le Monnier, 2000, pp. 26 ss.

⁹ Cfr. F. Fabbri, *Le origini della guerra civile. L'Italia dalla Grande Guerra al fascismo (1918-1921)*, Turín, UTET, pp. 11 ss.

¹⁰ Cfr. E. Gentile, *Storia del partito fascista. 1919-1922. Movimento e milizia*, Roma-Bari, Laterza, 1989, pp. 471-476.

¹¹ ACS, MI, DGPS, CA, 1921, G1, fasc. "Fasci di combattimento. Affari generali".

¹² Formaciones de soldados de elite (reagrupadas en reparticiones de asalto) instauradas durante enero de 1917 para llevar a cabo operaciones especialmente riesgosas; cfr. *Enciclopedia Treccani*, s. v. "Arditi". [N. de T.]

¹³ Cfr. R. De Felice, *Mussolini il rivoluzionario 1883-1920*, Turín, Einaudi, 1965.

¹⁴ Cfr. F. Cordova, *Arditi e legionari dannunziani*, Padua, Marsilio, 1969; G. Rochat, *Gli arditi della grande guerra. Origini, battaglie, miti*, Milán, Feltrinelli, 1981.

¹⁵ ACS, MI, DGPS, cat. C2, 1919, b. 124.

¹⁶ Cfr. Gentile, *Storia del partito fascista*, op. cit., p. 33.

¹⁷ De Felice, *Mussolini il rivoluzionario*, op. cit., pp. 419 ss.; Gentile, *Storia del partito fascista*, op. cit., pp. 3 ss.

¹⁸ Mussolini, *Opera Omnia*, t. XIV, p. 21.

¹⁹ Cfr. A. Lyttelton, *La conquista del potere. Il fascismo dal 1919 al 1929*, Roma-Bari, Laterza, 1974, pp. 83 ss. [ed. orig.: *The Seizure of Power. Fascism in Italy 1919-1929*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1973].

²⁰ ACS, MI, DGPS, CA, 1919, cat. E1, fasc. "Elezioni politiche. Milano".

²¹ G. Sabbatucci, *I combattenti nel primo dopoguerra*, Roma-Bari, Laterza, 1974.

²² Cfr. E. Gentile, *Fascismo. Storia e interpretazione*, Roma-Bari, Laterza, 2003, p. 133.

²³ Cfr. M. Ledeen, *D'Annunzio a Fiume*, Roma-Bari, Laterza, 1975; R. De Felice, *D'Annunzio politico. 1918-1938*, Roma-Bari, Laterza, 1978; A. Ercolani, *Da Fiume a Rijeka. Profilo storico-politico dal 1918 al 1947*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2009, pp. 95 ss.

²⁴ C. Rossi, *Mussolini com'era*, Roma, Ruffolo, 1947, p. 88.

²⁵ Mussolini, *Opera Omnia*, t. XIV, pp. 193-194.

²⁶ Rossi, *Mussolini com'era*, op. cit., p. 87.

²⁷ Cfr. M. Sarfatti, *Dux*, Milán, Mondadori, 1926, p. 230 [hay trads. al castellano].

²⁸ *Ibidem*, pp. 231-232.

²⁹ Rossi, *Mussolini com'era*, op. cit., p. 87.

³⁰ *Il Partito Socialista Italiano nei suoi Congressi, III, 1917-1926*, vol. al cuidado de F. Pedone, Milán, Edizioni Avanti!, 1963, pp. 45 ss.; cfr. G. Sabbatucci, "I socialisti e la crisi dello Stato liberale in Italia (1918-1926)", en *Storia del socialismo italiano*, publicada bajo la dirección de G. Sabbatucci, t. III: *Guerra e dopoguerra (1914-1926)*, Roma, Il Poligono, 1980, pp. 171 ss.

³¹ Cit. en G. Minasi, "L'attività illegale del PSI nel biennio 1919-1920", en *Storia Contemporanea*, núm. 4, 1978, p. 726.

³² *Ibidem*, p. 686.

³³ *Ibidem*, pp. 709 ss.

³⁴ A. Labriola, *Le due politiche. Fascismo e riformismo*, Nápoles, Morano, 1923, p. 165.

³⁵ Cfr. A. Tasca, *Nascita e avvento del fascismo. L'Italia dal 1918 al 1922* (1950), con nota preliminar de R. De Felice, 2 vols., Bari, Laterza, 1965, pp. 152-159.

³⁶ P. Togliatti, "Baronie rosse", en *L'Ordine Nuovo*, ed. corrisp. al 5 de junio de 1921. Cfr. Tasca, *Nascita e avvento del fascismo*, op. cit., pp. 152-159.

³⁷ Cit. en G. Petracchi, "L'avvento del fascismo in un inedito per l'Italia di Giacinto Menotti Serrati", en *Storia Contemporanea*, núms. 4-5, 1980, pp. 635-655.

³⁸ F. Turati, A. Kuliscioff, *Carteggio*, compilado por A. Schiavi, ed. al cuidado de F. Pedone, vol. V, Turín, Einaudi, 1977, pp. 469-470.

³⁹ Cfr. *Il Fascio*, ed. corrisp. al 17 de abril de 1920.

⁴⁰ ACS, MI, DGPS, G1, 1921, b. 102.

⁴¹ ACS, MRF, CC, b. 26, fasc. "Catania", copia de carta de C. Rossi, 17 de julio de 1920.

⁴² *Ibidem*, carta de S. Guglielmi a Pasella, 23 de septiembre de 1920.

⁴³ ACS, PNF, Direttorio, Servizi Amministrativi, b. 1.

⁴⁴ ACS, MRF, CC, b. 22, fasc. "Agnone".

⁴⁵ Cfr. M. Risolo, *Il Fascismo nella Venezia Giulia dalle origini alla marcia su Roma*, I: *Dalle origini al Natale di Sangue*, Trieste, Edizioni Celvi, 1932, pp. 32-33.

⁴⁶ Cfr. M. Cattaruzza, *L'Italia e il confine orientale: 1886-2006*, Bologna, Il Mulino, 2007, pp. 141-145; A. Vinci, *Sentinelle della patria. Il fascismo al confine orientale 1918-1941*, Roma-Bari, Laterza, 2011, pp. 78-86; F. Fabbri, *Le origini della guerra civile. L'Italia dalla Grande Guerra al fascismo (1918-1921)*, Turín, UTET, 2009, pp. 245-247.

⁴⁷ Mussolini, *Opera Omnia*, t. XV, p. 108. Cfr. Fabbri, *Le origini della guerra civile*, op. cit., pp. 245-247.

⁴⁸ Cfr. *ibidem*, pp. 252 ss.

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 274 ss.

⁵⁰ Las Cámaras del Trabajo surgieron como organizaciones de base territorial, con propósitos mayoritariamente económicos, a finales del siglo XIX, aunque pronto se vieron superadas por las ligas obreras clasistas. Después de una serie de alternativas, aludidas en varios capítulos del presente libro, desaparecieron al instaurarse la legislación laboral fascista. Reaparecieron en 1943, para consolidarse como parte activa de la CGdL después de la caída del régimen, y asociarse más tarde a las distintas centrales obreras. [N. de T.]

⁵¹ Labriola, *Le due politiche*, op. cit., p. 170.

⁵² Mussolini, *Opera Omnia*, t. XV, p. 231.

⁵³ Candeloro, *Storia dell'Italia moderna*, op. cit., pp. 335-336.

⁵⁴ Sabbatucci, *I socialisti nella crisi dello Stato liberale*, op. cit., p. 245.

⁵⁵ Cit. en B. Della Casa, "Il movimento operaio e socialista a Bologna dall'occupazione delle fabbriche al Patto di pacificazione", en *Movimento operaio e fascismo nell'Emilia-Romagna 1919-1923*, Roma, Editori Riuniti, 1973, p. 20.

⁵⁶ "Per noi", en *La Nuova Terra*, ed. corrisp. al 28 de febrero de 1920; cfr. E. Gentile, "La crisi del socialismo e la nascita del fascismo nel Mantovano", en *Storia Contemporanea*, núms. 4-5, 1979, pp. 633-696.

⁵⁷ *Atti del Consiglio Provinciale*, Mantua, 1920, pp. 190-192.

⁵⁸ Cfr. O. Figes, *La tragedia di un popolo. La rivoluzione russa 1891-1924*, Milán, Corbaccio, 1997, pp. 844-845 [ed. orig.: *A People's Tragedy 1891-1924*, Londres, Jonathan Cape, 1996].

⁵⁹ *Ibidem*, p. 247.

⁶⁰ Cfr. I. Bonomi, *Dal socialismo al fascismo. La sconfitta del socialismo. La crisi dello Stato e del Parlamento. Il fascismo*, Roma, Formiggini, 1924, p. 41; Gentile, *Storia del partito fascista*, op. cit., pp. 148-149; Fabbri, *Le origini della guerra civile*, op. cit., pp. 326 ss.

⁶¹ Cfr. De Felice, *Mussolini il rivoluzionario*, op. cit., pp. 618 ss.

⁶² *Ibidem*, pp. 645 ss.

⁶³ Mussolini, *Opera Omnia*, t. XV, p. 76.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 169.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 183.

⁶⁶ *Ibidem*, pp. 260-263.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 187.

⁶⁸ *Ibidem*, pp. 217-218. Acerca de la nueva romanidad fascista, cfr. E. Gentile, *Fascismo di pietra*, Roma-Bari, Laterza, 2007, pp. 33 ss.

⁶⁹ *Ibidem*, pp. 272-273.

⁷⁰ *Ibidem*, pp. 258-259.

⁷¹ Fabbri, *Le origini della guerra civile*, op. cit., pp. 307 ss.

⁷² ACS, MRF, CC, b. 38. fasc. "Roma".

⁷³ Mussolini, *Opera Omnia*, t. XV, pp. 298-301.

⁷⁴ Cfr. N.S. Onofri, *La strage di Palazzo d'Accursio. Origine e nascita del fascismo bolognese 1919-1920*, Milán, Feltrinelli, 1980, pp. 252-289; Fabbri, *Le origini della guerra civile*, op. cit., pp. 349 ss.

⁷⁵ ACS, MI, DGPS, CA, 1921, cat. G1, fasc. "Fasci di combattimento. Bologna".

⁷⁶ Cfr. P. Corner, *Il fascismo a Ferrara. 1915-1925*, Roma-Bari, Laterza, 1974, pp. 131-133; A. Roveri, *Le origini del fascismo a Ferrara*, Milán, Feltrinelli, 1974, pp. 100-106.